

José Carlos Bermejo

La consagración de la mentira

Entre la realidad y el silencio

SIGLO
XXI
ESPANA



INTRODUCCIÓN

Este es un libro acerca de la mentira, del engaño y del autoengaño. Estos son tres elementos consustanciales no sólo a la vida humana, sino a la propia vida biológica en general (Sommer, 1995). Para poder sobrevivir en la naturaleza, las plantas adoptan formas y coloraciones que les permiten hacerse menos visibles ante algunos animales, y todos los animales, desde los unicelulares hasta el hombre, en su lucha por la supervivencia desarrollan estrategias de ocultamiento, de engaño, ante sus posibles depredadores o ante sus presas, que les permiten en un determinado momento situarse en una posición de superioridad gracias a la cual logran la captura de su presa o consiguen escapar de las garras de aquel que pretende darles caza.

No sólo en el terreno de la caza, sino también dentro de cada grupo, en los animales sociales las estrategias de dominio y sumisión, de éxito en el logro de una o varias hembras para conseguir reproducirse o alcanzar la posición de macho alfa o macho dominante, también se utilizan técnicas, gestos, ritos y sistemas de comunicación no verbales que puedan hacer posible la sumisión de unos animales a otros, o lo que es lo mismo, que en esas relaciones algunos animales puedan salir beneficiados y otros claramente perjudicados.

En el mundo social humano la base de los sistemas de comunicación es siempre el lenguaje. Podría plantearse, tal como ha hecho M. T. Poe (2011), una visión general de toda la historia de la humanidad bajo esta perspectiva. Ahora no se hablará de ello, a pesar del notorio interés de este planteamiento, sino de observar cómo en el momento presente la mentira ha llegado a consagrarse como una de las claves de las políticas nacional e internacional contemporáneas.

Todos los seres humanos mienten, de un modo u otro, señala V. Sommer. Cada uno de nosotros desarrolla su autoestima creándose en cierto modo una imagen épica de sí mismo, que le permita ocultar y soportar sus contradicciones y sus miserias. Necesitamos disimular ante los demás y es evidente que sí en cada momento le

dijésemos a todo el mundo lo que pensamos de él, le expresásemos las sensaciones de gusto, disgusto o atracción y repulsa que nos suscita, la vida social se haría prácticamente imposible.

En los juegos económicos, en las relaciones sociales y en el mundo político, y ya no digamos en el mundo de la guerra, para ser ganador hay que lograr una cierta ventaja sobre el otro, quedándose con el beneficio mayor de una transacción, en la que siempre uno gana y otro pierde; consiguiendo un puesto, un cargo o logrando un *status* que otro nunca podrá alcanzar, porque en este momento yo soy el que disfruta de él; o consiguiendo con la técnica, la astucia y la fuerza la superioridad militar que me permite aniquilar o someter a mi enemigo, ya sea porque mi espada es más larga o porque yo soy el que posee las definitivas armas de destrucción masiva.

Pero no son estas las mentiras protagonistas de este libro, las mentiras que pueden estar al alcance de todos y de cualquiera, sino las grandes mentiras, construidas, difundidas e impuestas a la opinión pública por quienes gobiernan legítimamente o detentan el poder de otra manera.

Esas mentiras no son ya grandes teorías, complejas ideologías o alambicadísimas construcciones mitológicas o teológicas, en las que también llegaban a creer sus grandes constructores en su propia época. No hablaremos ya de pensadores alienados, ajenos a sí mismos y desconocedores de su propia esencia, no hablaremos ya de un mundo en el que compartían el engaño, de buena o mala fe, dominadores y dominados, sino de un mundo en el que la clásica definición de la mentira se manifiesta de un modo palmario.

Mentir, decían los viejos catecismos, es decir a sabiendas lo contrario de lo que se piensa. Mentir es también ocultar con una intención perversa los hechos y los datos que se conocen. Y sólo se miente para lograr un beneficio propio a costa de los demás.

En el momento presente la mentira, creada a sabiendas, difundida sistemáticamente por los medios de comunicación, mantenida hasta el hartazgo por los políticos, es ya una clave de la realidad contemporánea. Este libro hablará de las mentiras globales en la economía, que quiso proclamar el triunfo definitivo del mercado racional y el fin de la historia y los conflictos sociales y militares; de cómo se están destruyendo las bases de los sistemas democráticos parlamentarios gracias al dominio y manipulación de los sistemas de comunicación y a la deslegitimación de la propia vida política, en el caso concreto de España; y de cómo la realidad, en la vida y la his-

toria de las mujeres y de las víctimas de la violencia política y militar, no consigue, ni en el mundo ni en España con nuestra Guerra Civil, salir a la luz, debido tanto a la creciente incapacidad de poder comprender la realidad social –como el caso de la historia de las mujeres pone de manifiesto– como a la asfixia general de la información.

La historia universal se ha construido muchas veces ocultando la verdad, tapando los hechos incómodos o construyendo interpretaciones inverosímiles (Paris, 2001) de las historias nacionales o de grandes acontecimientos, como el Holocausto o los numerosos genocidios que se están produciendo en el mundo, que resultan muy difíciles o incluso imposibles de asumir ante la opinión pública (Goldhagen, 2010), puesto que son en realidad, como señala Goldhagen, mucho peores que la guerra, por su crueldad, por su dureza absoluta y porque en ellos es imposible encontrar ningún tipo de racionalidad política, económica o militar.

Pero es necesario insistir en que ahora ya no se necesitan grandes construcciones intelectuales, sino que le mentira se crea, se planifica su implantación, se mantiene mientras conviene, y luego se niega –mintiendo sobre la propia mentira– y se la sustituye por otra nueva. Podríamos poner dos ejemplos previos al análisis de los temas en los que se centrará este libro: la invasión de Iraq y la crisis financiera.

La invasión de Iraq en el año 2003 ha sido un ejemplo insólito en la historia política y militar de los EEUU y del mundo. Dicha invasión se justificó creando deliberadamente una mentira: la existencia de armas de destrucción masiva. Y para difundir esa mentira, de la que fueron víctimas los más altos mandos del ejército norteamericano y el propio secretario de estado, Colin Powell, al que se le facilitaron datos falsos, los servicios de información montaron una trama informativa, de la que se encargó una conocida periodista, ascendida temporalmente al rango de teniente general, con el fin de poder coordinar y dar órdenes a los propios servicios de inteligencia en los que había también otros militares del alto rango. Hecho que se reveló luego, una vez que las mentiras dejaron de ser necesarias.

Thomas E. Ricks un autor nada sospechoso de antiamericanismo ni de pacifismo, pues ha narrado nada más ni nada menos que la historia del cuerpo de los marines y la propia cultura militar norteamericana, ha publicado un libro titulado *Fiasco. La aventura militar americana en Iraq* (Ricks, 2006), en el que se puede observar cómo los altos mandos militares como el general Schwarzkopf, antiguo comandante general en la guerra de Kuwait de 1991, se opusie-

ron a la invasión, al igual que antiguos comandantes generales de la OTAN.

Los generales americanos (del ejército, del cuerpo de marines) partieron hacia una guerra que ellos mismos calificaron de carente de sentido, y a la que definieron como la peor planificada de la historia de los EEUU. Una guerra en la que las autoridades civiles del Pentágono —esas sí conscientes del engaño— alteraron los planes de invasión, posibilitando el nacimiento posterior de una resistencia y de un terrorismo hasta entonces inexistente en Iraq. Una guerra en la que civiles de procedencia universitaria, como Paul Bremmer, gobernador general, llegaron al extremo de la torpeza, disolviendo al ejército y la policía iraquíes, despidiendo a todos los funcionarios, desmantelando el sistema sanitario y los suministros y generando un caos absoluto. Una guerra en la que los propios militares norteamericanos fueron víctimas de las mentiras de los políticos, ya que, por ejemplo, mantuvieron intactos los arsenales iraquíes. En realidad no se atrevieron casi a entrar en ellos, porque allí deberían estar las supuestas armas químicas, lo que permitió a la resistencia iraquí apoderarse de todo tipo de bombas. Una guerra en la que la administración civil, asociada a gigantescas empresas de seguridad privada, como Blackwater, y a toda clase de contratistas ventajistas, estuvo enfrentada a la autoridad militar ocupante, en cierto modo más humana, ya que son los soldados los que tienen que estar en el frente, y al fin y al cabo los generales de la invasión de Iraq habían sido oficiales en Vietnam y conocían de verdad lo que es la realidad de la guerra. Una guerra que causó decenas de miles de víctimas civiles y en la que se aplicaron sistemas de tortura, diseñados por psicólogos universitarios y enseñados a las tropas ocupantes, que una vez sacados mínimamente a la luz, sumieron en el descrédito más absoluto al ejército norteamericano y a su propio país.

En Iraq se dio la impresión de que, por primera vez en la historia, los políticos civiles fueron más belicistas que los militares, para quienes el belicismo forma parte de su oficio. En Iraq los creadores y manipuladores de la información pusieron a su servicio a militares y políticos, hasta el punto de que se ha llegado a publicar un libro (Goldstein, 2008), que sostiene que en caso de crisis el presidente de los EEUU debe dejar a un lado la opinión de sus expertos asesores y guiarse por su intuición política y su análisis racional propio. En este libro, *Lecciones de un desastre*, G. M. Goldstein deja bien claro su mensaje analizando cómo los EEUU llegaron a empanta-

narse en Vietnam porque sus presidentes hicieron caso a los técnicos y los supuestos expertos, como Robert MacNamara, procedentes a veces de las universidades de élite de los EEUU. Unas universidades que en ese país y en España ya han dejado de ser los lugares en los que debe buscar la verdad y que han perdido su autonomía, como se podrá ver en los capítulos dedicados a este tema.

La institucionalización y la consagración de la mentira son hoy posibles gracias a la creación de los mecanismos de la desinformación que ha analizado M. Otte (2010) y a los que se hace referencia en el caso español en otro de nuestros capítulos. Dichos mecanismos se basan en la acumulación, diseminación de datos y reiteración de lemas de forma insistente y masiva. Ello es posible gracias a la simplificación del pensamiento y de la información, de la que son corresponsables los medios de comunicación y las instituciones educativas y para la que son imprescindibles las tecnologías de la información. Estas son instrumentos muy eficaces dentro de sus propios límites, y pueden ser manejados con inteligencia, o por el contrario convertirse en instrumentos de empobrecimiento del conocimiento, que pueden llegar a fomentar la propia incapacidad de pensar.

Es muy curioso que el general del cuerpo de marines James N. Mattis haya llegado a afirmar que «¡PowerPoint nos vuelve estúpidos!», a lo que asiente nada más ni nada menos que el general S. A. McChrystal, comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN en Afganistán (Frommer, 2011). ¿Por qué esto es así? Pues porque en el mundo presente son los formatos digitales los que crean la ideología. PowerPoint es un instrumento útil para hacer presentaciones visuales, pero se ha convertido en la forma casi única de expresar todo tipo de conocimiento: un conocimiento que se ha de ajustar a su rígido formato.

Cuando un militar de alto rango tiene que hacer sus complejísimo planteamientos estratégicos, que implican coordinar ingentes medios materiales y humanos, y saber manejar en el campo de batalla situaciones siempre nuevas e imprevistas, que no se pueden planificar, no sólo se hace cada vez más estúpido, sino que además acaba por perder la guerra al pensar que todo puede ser simplificado en un esquema. Y es que internet, otro instrumento, otra herramienta útil si se sabe manejar con inteligencia, se ha convertido sobre todo en el ámbito la educación, y más en la española, en un medio básico para lograr el empobrecimiento del lenguaje y el pensamiento (Carr, 2011).

Los formatos que se usan en internet dificultan el desarrollo del pensamiento discursivo e incluso dificultan la capacidad de seguir un relato complejo. Internet, de la que se está llegando a creer que en ella se encuentra toda la información del mundo y de la historia pasada (una información que no es necesario introducir), y que en ella se puede hallar todo (no pensando que cada buscador se elabora con unos criterios de búsqueda, que solo pueden dar acceso a un determinado tipo de información de una determinada manera). Internet favorece la conexión en paralelo de la información, la dispersión continua de la misma, y dificulta la integración y la síntesis, si no se usa de un modo inteligente. Internet dificulta el pensamiento global y crítico porque se basa en el viejo lema *magister dixit*: se ha convertido en una fuente de autoridad. En ella predomina lo cuantitativo frente a lo cualitativo, en ella se impone lo que se repite, y partiendo de ella se está llegando a pensar que lo que opinan los internautas integrados en redes como Facebook, Twitter... es cierto por el viejo argumento *ex consensu omniu*, según el cual es verdad lo que piensa la mayoría.

Es evidente que en el momento presente la mayoría piensa con cada vez menos libertad, que cada vez tiene menos información y que esta es cada vez más sesgada. No se puede pensar libremente en el mundo de la desinformación, en el que las mentiras se acuñan y se difunden y en que, si se puede engañar a las más altas autoridades militares de la única superpotencia existente, ¿qué no se podrá hacer con los ciudadanos de a pie? Engañarlos, desorientarlos y confundirlos con mentiras y lemas vacíos, que a base de ser repetidos hasta la saciedad parecen confundirse con la realidad, hasta el momento en que esta, que siempre está ahí fuera, estalle. Pongamos algunos ejemplos más que esclarecedores.

Como se verá en el capítulo primero, en el año 1990 se proclamó la definitiva muerte de Marx y del marxismo, en aras de una nueva concepción de la economía que terminó en el desastre de la crisis financiera global del año 2008.

Marx, curiosamente, es ahora de nuevo reivindicado, ya sea con reediciones de estudios muy ajustados de su pensamiento por parte de autores no marxistas, como Raymond Aron (2010), el supuesto gran ideólogo de la derecha francesa, o Jacques Attali (2007), otro pensador nada proclive al viejo marxismo dogmático, o pensadores marxistas innovadores, como Terry Eagleton (2011), proveniente del campo de la crítica literaria. Por no citar a aquellos economistas

o científicos sociales que siguieron manteniendo en minoría el valor del pensamiento económico del viejo autor alemán.

Pues bien, Marx básicamente sostuvo que en la economía existen dos variables: la producción y el consumo, y que una producción que no se puede consumir, por la falta de recursos de los trabajadores debida la contracción de sus salarios, desemboca en una crisis económica. Marx sostuvo que la renta nacional se divide ente la renta del trabajo y los beneficios del capital, y que ambos son antagónicos, puesto que como la renta es finita, si aumentan los beneficios de una de las partes, a nivel mundial, tendrán que bajar los de la otra, expresándose ese antagonismo de varias formas, desde la negociación sindical hasta las guerras de conquista del imperialismo.

Marx no sólo sostuvo que sin consumo no puede haber producción, sino que la economía consiste en la producción real y concreta de mercancías, en la que los dos componentes esenciales son el capital y el trabajo. Y ese capital sólo es productivo cuando se invierte en la producción de mercancías que han de ser consumidas. El capital productivo genera, a la vez que depende, del capital financiero, en el que lo que se vende y compra es el dinero. Y si el capital financiero se desliga del capital productivo, de lo que ahora se llama la economía real –como si hubiese otra puramente imaginaria–, entonces se producirá una crisis monetaria que podría acabar con toda la economía productiva.

Frente a todos estos conceptos evidentes en Marx y muchos otros economistas de diferentes tendencias, el mundo actual, sumido en una gigantesca crisis económica, ¿qué nos ofrece en nuestra sociedad de la desinformación y de capitalismo de casino, un capitalismo en el que se juega cada día el dinero al azar en las bolsas planetarias, integradas y coordinadas gracias a internet? Pues unos conceptos vacíos, simplones, repetidos hasta la saciedad y consolidados gracias al discurso de los políticos y los profesores universitarios, supuestos creadores del conocimiento que, en España y el mundo, aspiran a beneficiarse también de este juego. Pongamos algunos ejemplos con los siguientes pseudoconceptos:

a) Los *mercados*. Se entiende por mercados unas entidades absolutamente neutras y objetivas que no sólo regulan la realidad, sino que son la realidad misma de la economía y que se pueden analizar en cifras con complejas fórmulas de la teoría económica por parte de agencias de calificación de riesgos financieros (y nada más que financieros), empresas privadas creadas sólo y únicamente con la finalidad de asesorar a bancos y a grandes inversores en sus compras

y ventas de las emisiones de deuda pública, pero que a la vez que asesoran condicionan con sus previsiones de futuro a las propias entidades inversoras. Sus análisis son profecías que se cumplen por sí mismas, ya que, como juegan con la avaricia y la confianza o desconfianza de los inversores, sus anuncios del apocalipsis son a su vez el origen del propio apocalipsis.

Dichas agencias no fueron capaces de prever el estallido de la burbuja inmobiliaria, lo que las desacredita como instituciones capaces de realizar un análisis científico, pero políticos, economistas y profesores aceptan sumisamente sus supuestos análisis neutrales. Piénsese en lo que ocurriría si en vez de hablar de los mercados, que sólo son financieros, medios de comunicación y políticos hablasen machaconamente de los *grandes inversores financieros internacionales*, o bien de los *grandes especuladores financieros globales*. El discurso sería insostenible, pues dejaría al descubierto la sumisión de toda una sociedad a los intereses de una minoría que ni siquiera es representativa del sistema capitalista, sino sólo de su parte más especulativa, que pretende aunar el capitalismo de casino con el capitalismo totalitario, encarnado por China y el Tercer Mundo, un capitalismo que garantiza, gracias a la falta de libertad política y sindical, una producción masiva con salarios de miseria.

b) *La confianza*. La confianza sería una de las bases de la economía. Cuando me tomo un café espero que no esté envenenado, y yo compro una mercancía porque me fío de la honradez de quien me la vende, que es garante de su calidad, de acuerdo con el magistral análisis de Adam Smith en *La riqueza de las naciones*.

Todos los días oímos mensajes sobre la necesidad de que exista la confianza para el buen desarrollo de la economía. Y es evidente que nada hay que inspire menos confianza que la mentira, es decir, el engaño en las relaciones humanas, sean de compraventa o de otro tipo. Pero, ¡jojo!, la confianza de la que hablan los medios de comunicación y la predicada por los partidos políticos y los economistas académicos es la *confianza de los inversores de capital*: del capital financiero, asesorado por las agencias de calificación, o del capital industrial.

Los inversores desconfían si no tienen asegurados sus beneficios por la rentabilidad de los mercados, pero también si prevén que puede haber una guerra que no les favorezca –la mayor parte de las guerras fomenta unos determinados tipos de producción de armas y suministros y hacen ricos a algunos–, o si creen que la conflictividad laboral y social puede alterar los mecanismos de la producción. Por

eso es necesario tenerlos tranquilos, asegurarles la paz y el orden, o la guerra necesaria, que les permita hacer crecer su dinero. Por eso es necesario someterse a ellos, como predicán machaconamente economistas, políticos y profesores, ante cuyo discurso simplista y falso la opinión pública se halla totalmente indefensa, ya que depende de quienes controlan la información, de quienes la producen e institucionalizan y consagran la mentira.

c) El *capital crea el trabajo*. Marx decía lo contrario: es el trabajo la fuente del valor y el capital es algo así como trabajo congelado, trabajo de nosotros mismos y de nuestros antepasados. Ese trabajo congelado en capital se llamó plusvalía, pero Marx, como señala R. Aron (2010), fue consciente de que no podría cuantificar y tratar matemáticamente la plusvalía, lo que no obsta para su existencia. Basándose en ello, economistas posteriores como A. M. Keynes pusieron la economía del revés afirmando que el primer motor de esta es el dinero, que al invertirse se convierte en capital productivo, creando industrias y, consecuentemente, puestos de trabajo.

En este nuevo mundo keynesiano el salario de los trabajadores es un obstáculo, entre otros, a la productividad del capital, razón por la cual en una situación de crisis se deben bajar los salarios, favorecer los intereses del capital, y convertir la renta que el Estado cobra a través de los impuestos en capital productivo. Todo lo cual sólo es una verdad a medias, puesto que sin mercados la producción no tiene sentido, ya que no puede tener salida, y los consumidores masivos son los trabajadores, que invierten sus salarios en el consumo. Si sus salarios se contraen excesivamente se contraerá el consumo y consecuentemente la producción, con lo cual el capital ya no será productivo, tenga las facilidades que tenga. Pero es que además de ello, si pasamos a un mundo en el que los beneficios del capital, que siempre serán finitos, se centran más en el capital financiero que en el productivo, y todo ello a costa de la parte correspondiente de los salarios en el Producto Interior Bruto mundial, la crisis económica estará garantizada.

El mundo de la economía que nos ofrecen los políticos y los profesores y los economistas es un mundo al revés. En él la realidad y la verdad parecen haber desaparecido, la mentira se ha consagrado y el viejo lema de la Ilustración «*Sapere aude*» se ha prostituido, pasando a ser los creadores y manipuladores de la información, según J. Ralston Saul (1992), los *bastardos de Voltaire*.

Sin esos bastardos (profesores, economistas, científicos sociales y políticos) el mundo actual sería imposible, y por eso en él ha pasado a

ser esencial el control, la manipulación y la perversión de la educación en todos los niveles, comenzando por el nivel de la educación superior en el que se está consiguiendo en España la sumisión absoluta de la mayoría de los profesores universitarios. ¿Qué está pasando con ellos?

¿Podríamos imaginarnos un comando fuertemente armado de toda una panoplia de competencias y habilidades irrumpiendo violentamente en un organismo que se rige por ley? ¿Y que además el jefe del comando advirtiese a todos los presentes que pronto iba a llegar una autoridad, «pedagógica por supuesto», que se haría cargo de la situación? Quizá sí, quizá no. Mucha gente podría decir que esto sólo puede ser el fruto de la imaginación de alguna mente cuyo gusto por la exageración fuese el síntoma de algún posible trastorno cerebral. Sin embargo hay que reconocer que tras esta hispánica alegoría podría esconderse algo de verdad.

Y es que, en efecto, uno de los aspectos más sorprendentes del llamado proceso de Bolonia es observar cómo a través de él se ha conseguido *conculcar los derechos básicos del profesorado* en lo que se refiere al desarrollo de su plena capacidad docente e investigadora –reconocida por un artículo de una ley orgánica–, gracias a la introducción de un sistema de control que no tiene reconocimiento legal alguno, puesto que se basa en una serie de pseudoconceptos que jamás podrán alcanzar reconocimiento jurídico.

Es enormemente llamativo que la supuestamente mayor y radical reforma de la enseñanza superior española se haya hecho sin crear un marco legislativo integral nuevo, sino manteniendo las leyes anteriores, creadas para un marco económico, social e histórico diferente. Ahora bien, esas leyes se mantienen no porque se las quiera respetar, sino porque no se tiene el valor de crear un marco jurídico global que dé amparo, claro y rotundo, a los procesos de patrimonialización de las universidades por parte de empresas privadas, que reconozca los valores del pensamiento liberal como bases esenciales de las instituciones académicas, y que dé barra libre al proceso de adelgazamiento y reconversión de las universidades que está teniendo lugar en todo el mundo.

Un buen ejemplo de ello lo tenemos en la introducción de los pseudoconceptos de competencias y habilidades como base de la estructura de los planes de estudio y la enseñanza. Como han señalado F. Angulo Blasco y S. Redón Pantoja¹, ambos conceptos, estructura-

¹ Véase *Competencias y contenidos: cada uno en su sitio en la formación docente*, <http://firgoa.usc.es/drupal/node/47760>).

dos en el abanico de las 69 competencias que rigen los actuales planes de estudio, no tienen ningún valor cognoscitivo y sólo sirven para crear un mecanismo taylorista de control formalizado y cuantificable de los cuerpos de profesores.

Y no deja de ser curioso que estas dos vagas ideas, fruto del modelo más simplista imaginable de conductismo, además de carecer de una definición formal precisa, tampoco tienen necesariamente nada que ver ni con los contenidos reales, ni con los procedimientos de la investigación, ni con los procesos de construcción de conceptos, ni con los diferentes instrumentos (lingüísticos, logicoformales, hermenéuticos, o de recopilación, procesamiento y análisis de los datos) que son necesariamente diferentes en cada campo de estudio y en cada titulación.

El discurso de las competencias y habilidades permite gritarle a los profesores «¡Quieto todo el mundo!» de una manera que es algo más que una siniestra metáfora, puesto que les obliga –sin base legal alguna– a perder su *plena capacidad docente e investigadora* específica de su campo de conocimiento y que sólo los profesores titulados poseen, en función de sus capacidades intelectuales y de su *condición legal de profesores* de la universidad española, y someterse al control no sólo de profesores evaluadores, sino incluso de funcionarios que no tienen ningún tipo de capacidad ni competencia docente e investigadora, pero que, como buenos funcionarios, aplican las normativas que progresivamente se van aprobando.

Como se han elaborado planes de estudio basándose sólo en requerimientos formales, la rígida rejilla normativa impone que todos los profesores acepten sumisamente pseudoconceptos que no tienen nada que ver con los contenidos intelectuales de sus materias, y a los que se les da un reconocimiento jurídico, a pesar de que no son conceptos legales definibles.

Por poner un ejemplo, se le puede exigir a un profesor que dé a conocer, ponga por escrito, en papel o en soporte digital, la materia que va a impartir, que regule la forma en que va a examinar a sus alumnos y que deje muy claras las reglas del juego docente, *porque la relación entre un profesor y un alumno en una universidad pública está regulada y sujeta al derecho administrativo*, que es el que regula las relaciones jurídicas entre el estado y sus ciudadanos. El profesor y el alumno tienen derechos y deberes, el profesor debe saber cuáles son sus derechos y obligaciones y tiene que dejar claro qué enseña, a quién se lo enseña y bajo qué condiciones. La administración así

debe exigírselo. Sin embargo, lo que no se le puede imponer es la *forma y el modo bajo los cuales ha de impartir su docencia*.

Ello es así porque forma y contenido van unidos, razón por la que controlar la calidad de la docencia con procedimientos formales y sin entrar nunca en el análisis de los contenidos es un sinsentido, un sinsentido básico promovido por la ANECA, no ingenuamente, sino concebido como un instrumento de control. Si a un profesor se lo obliga a impartir su materia en módulos iguales para todas las titulaciones, con los medios y las técnicas –supuestamente neutras– establecidas por los creadores de la enseñanza sin contenido; si le imponen, como en el caso de algunas universidades, unos módulos horarios rígidos que establecen divisiones discutibles, cuando no ridículas entre expositivo, práctico, interactivo, etc., se le está obligando a *repensar su materia, su función como profesor e incluso su forma de expresión* de un modo arbitrario.

Los profesores deben ser controlados, han de cumplir sus obligaciones, que siempre han de estar claras. Como funcionarios tienen obligaciones laborales, docentes e investigadoras, pero *sólo ellos tienen el conocimiento acreditado de su propio campo del saber*. Un conocimiento que no se controla ya, puesto que no se les exige conocer los contenidos reales de sus materias en sus concursos de acceso. Y sobre todo porque quienes crean estos nuevos sistemas de control no tienen conocimiento de casi ninguna materia específica, lo que no les importa en absoluto, ya que saben que si lo tuviesen sólo podrían controlar su propio campo de conocimiento, pero no todos los demás, que es a lo que ellos aspiran.

Conozco casos en los que funcionarios han llamado la atención a profesores porque sus programaciones docentes no se ajustan a los módulos establecidos. Eso funcionarios tienen razón, en tanto que actúan como funcionarios y cumplen su deber. Pero no la tienen en tanto que al obrar así pretenden actuar como controladores de la calidad de la docencia, lo que no pueden hacer de ninguna manera, porque esos funcionarios no tienen *ningún tipo de capacidad docente e investigadora*, y consecuentemente están de hecho usurpando la capacidad docente de los profesores.

En el mundo cada vez más paralegal de Bolonia están naciendo nuevas figuras de *profesores de profesores*. Y son esos profesores universales, a veces autoridades académicas nombradas o elegidas, quienes sentencian y dictaminan sobre cómo deben enseñar o investigar los demás, utilizando a veces el curioso latiguillo de: «Bueno

esto es así en mi campo, los demás no los conozco, pero es evidente que esto podría aplicárseles».

El profesor universal puede ser un cargo académico que confunde responsabilidad administrativa con sabiduría docente, un evaluador, un pedagogo diseñador de sistemas de control, o un profesor encargado de coordinar una titulación que, si pierde el sentido común y se siente investido de esta nueva suprema autoridad pedagógica universal, no sólo intentará corregir las «programaciones» de su compañeros para que se ajusten al módulo universal, convirtiéndose en una auténtica señorita Rottenmeier de la burocracia docente, sino que –y de esto también se han dado casos en España–, podrá intentar controlar a otros profesores e incluso imponerles sus libros de texto, los materiales, e incluso la forma en la que han de impartir su docencia. Se dicen los pecados, pero no los pecadores.

La negativa a cambiar el marco jurídico global de las universidades, unida a la proliferación de normas de todo tipo, constantemente cambiantes y contradictorias entre sí, ha conseguido no sólo generar un caos real, sino crear el caldo de cultivo para que en un mundo académico aparentemente regulado por normas hasta el detalle más nimio, se esté produciendo *un asombroso crecimiento del poder personal*: el poder de los rectores y también de muchos cargos académicos de menor entidad, de algunos funcionarios, de muchos pequeños cargos que reciben la encomienda de aplicar las normas del control abusivo –a lo que algunos acceden con un entusiasmo rayano en el frenesí–, e incluso de los evaluadores de la investigación y la docencia, fervientes creyentes en las virtudes de un sistema que les atribuye un gran poder discrecional.

La creación de complejos sistemas normativos horizontales que interfieren e incluso violan leyes de superior jerarquía es el caldo del cultivo de lo que podríamos llamar el nuevo *golpismo académico*. Un metafórico golpismo que, como todos los golpismos, considera periclitado el marco legal vigente, y en lugar de pedir nuevas leyes, decide cambiarlo, no por la fuerza de las armas, sino por una nueva artera astucia administrativa, que está consiguiendo destruir las garantías jurídicas sin las cuales el estado de derecho deja de existir. Al grito de «¡Quieto todo el mundo, esto es Bolonia!», metafóricos comandos de golpistas parecen querer apoderarse de la universidad pública, que de hecho ha perdido ya su autonomía. De momento han conseguido dejar paralizados a muchos profesores que parecen haberse escondido debajo de su mesa.

Una vez finalizado nuestro recorrido por el mundo de las mentiras consagradas y de los arteros profesores sumisos, cerraremos el libro con una serie de cuentos, con unos relatos ficticios, en los que la realidad del presente se mezcla con las imágenes del presente y del pasado que circulan por la cabezas de los adultos y de los niños; quizá sea en esos breves y elementales relatos donde aun puedan brillar esas mínimas gotas de verdad que resuenan muy ligeramente al caer en el pozo del silencio, como dice la canción de Simon & Garfunkel que abre este libro, escrita hace casi 50 años, cuando en pleno esplendor de la riqueza de una fase alcista del capitalismo, miles de jóvenes americanos, casi adolescentes, morían en las selvas del Vietnam en una guerra que algunos tecnócratas asesores del presidente de los EEUU sabían científicamente que se iba a ganar.